

SEMANARIO POPULAR.

Este periódico se publica el viernes de cada semana.—La suscripción al trimestre, que se pagará adelantada, vale diez reales; el número suelto un real.—La agencia principal se halla en la tienda del señor Ciro Mosquera, bajo el palacio arzobispal, número 56.

TRIM. III.

Quito, viernes 26 de abril de 1889.

NUM. 27.

SEMANARIO POPULAR.

QUITO, 26 DE ABRIL DE 1889.

EL GLOBO OFICIAL.

II

Después de los siete desatinos que—haciendo la vista gorda sobre otros—notamos en nuestro artículo anterior, el *Globo Oficial* entra en materia, y trayendo á la cuenta lo que su soberana voluntad declaró respecto de nuestra doctrina y de la de Doña Paulita en punto á la soberanía popular, reproduce la contestación que le dimos en el número 21 de este *Semanario*; dice que en ella “resplandece así la consecuencia de sus redactores, como la pulcritud y comedimiento de su lenguaje,” y pasa á probarlo. Nosotros vamos á notar los desatinos octavo y noveno.

Presentó el *Globo* como contrarias estas dos proposiciones: 1.^a *La soberanía emana de Dios y reside en la Nación*: 2.^a *La soberanía no es atributo del pueblo, que no es soberano*; y diciendo y haciendo, como arbitrario partidor de bienes ajenos, adjudicó la primera á la “Unión Republicana” y la segunda á nosotros pecadores: Vista la injusticia, levantamos la voz y dijimos: “Esta antítesis puede pasar en boca de un extranjero recién venido, que tanto debe de saber de nuestros partidos políticos como de los habitantes de la luna; pero en boca de los señores deficientes pasa de atrevimiento y raya en *desvergüenza*.” Sus! se les crisparon los nervios á los pulcros, comedidos, cultísimos y delicadísimos redactores del *Globo*; y probablemente se desmayaría con la pataleta Doña Paulita que, como hembra, y más delicada y pulcra, y nerviosa sobre todo, no ha de haber podido resistir á la impresión que necesariamente debía hacer en su organismo la palabra *desvergüenza*. “Bonita palabra, exclaman entre paréntesis los del *Globo*, y sobre todo muy propia en labios de hombres

serios, circunspectos y cultos como son los señores redactores del *Semanario*.” Hé ahí el octavo desatino; pues lo es, y redondo, querer degradar esa buena voz castellana, sin más ni más, y relegarla al uso de gente extraña á la circunspección, pulcritud y cultura, cuando ni por su significación, ni por su composición tiene nada menos decente que convendría en la sociedad más encopetada y pulida. Cierito es que va cobrando voga una ridícula afectación, con la cual fingen que se les espeluznan los cabellos algunos y algunas, en oyendo tales ó cuales voces que no dan motivo para semejante gatzmoñería, en tanto que se tragan con su sal y su pimienta las ideas más groseras, y hasta torpes, sin remilgarse ni dar otro indicio de su pelillosa delicadeza; pero no hay razón para que sobre la voz *desvergüenza* caiga el anatema, ni de las personas que se calzan guantes para tomar un clavel, por temor de emporcarse los dedos; y, francamente tenemos por *desatino* el autocrático decreto de proscripción lanzado contra élla por los redactores del *Globo*. ¿Qué significa esa melhadada palabra? *Falta de vergüenza*, principalmente, y también *descomedimiento*, *atrevimiento*, *demasiada libertad*. Y ¿qué hay en todo esto que sea ofensivo á la virginal pulcritud de los señores nuestros, pero ni de la recatada y pudorosa Doña Paulita? Si hubiésemos dicho, “esto pasa de atrevimiento y raya en *falta de vergüenza*,” no se habrían sentido lastimados los purísimos oídos de tan honestos sujeto y *sujeta*; pero para emplear, en vez de una frase una palabra que significa lo mismo sin ser mal recibida, dijimos *desvergüenza*, y ahí fueron los *desatinados* aspavientos y las pataletas.—Si de la *significación* pasamos á las voces componentes de *desvergüenza*, hallaremos mayor sinrazón en el autocrático decreto. La pobre *des*, aunque de ordinario tiene el oficio, si decimos de *hurtar*, hurta lo bueno y lo malo; y si hace un mal cuando *desvirtúa* ó *deshonra*, hace un bien cuando *desbasta*, *despercude* ó *despolvorea*; y á las veces *da* que no *quita*: pero no dice *oxte* ni *moxte* á la pulcritud, á la seriedad ni á la decencia. La buena *vergüenza* tampoco es inde-

cente, ni menos descomedida; antes extrema el recato y la compostura. No hay caballero, incluso los del *Globo* y la "Unión Republicana," que no asegure tener *vergüenza* de hacer una cosa indigna, como darse en almoneda al mayor pastor ó adular á los poderosos; ni hay señorita de esmerada educación y finura que no asegure otro tanto, no sabemos si de corazón, cuando hace como que no recoge las flores que deja caer á sus pies el esclavo que ha de ser su señor mañana. Pues ¿por qué si la pobre *dés* y la buena *vergüenza* no ofenden ni al pudor más quisquilloso, y son perfectamente aceptadas hasta en el estralo en que es ley la más caballerosa cortesanía, han de ser ofensivas á la *pulcritud*, al *comedimiento*, á la *seriedad*, á la *circunspección* y á la *cultura*, cuando se juntan nada más que para hacernos el beneficio de evitarnos la necesidad de emplear una frase desgarrada y floja, dándonos un término propio, *enérgico* y *viril*, como dijera el otro?... Desatino, señores, octavo desatino. Y pasemos al noveno y, por desgracia, á la tercera falsedad.—No hay que exasperarse ni desmayarse, pues no hemos dicho *mentira*.

Dijimos en el citado número 21 de este *Semanario*: "¿Cuál de ellos (de los señores *deficientes*), en efecto, ha sostenido como nosotros que la soberanía emana de Dios y reside en la Nación? Recórranse sus escritos y los nuestros, y dígame ¿quién ha defendido esa doctrina? "Pues bien: los señores del *Globo* no tienen por conveniente hacerse intérpretes de *Doña Paulita* para responder á esas preguntas; y á fe que tienen razón; porque élla no dice ni *ba ba ba*, como la de Moratín, y les deja en el aprieto de haber de justificar nuestras palabras referentes á extranjeros *que tanto deben de saber de nuestros partidos políticos como de los habitantes de la luna*, y estas otras: "nadie debe abrir juicio sobre lo que no conoce, ni escribir sobre lo que no sabe, ni fundarse en suposiciones arbitrarias y aventuradas para denigrar á los partidos cuyas doctrinas no ha estudiado." El aprieto es angustioso ¿qué hacer?—Lo que hacen los muchachos en circunstancias análogas: sacar el cuerpo á las preguntas, y, para distraer la atención, soltar una m... falsedad. Siguen esta *táctica* los señores del *Globo*, y en vez de respondernos, dicen: "En seguida los señores del *Semanario* sostienen que tal doctrina es la de ellos, y no la de la *Unión Republicana*." Falso, de toda falsedad; porque en seguida hacemos notar lo curioso que es ver cómo los escritores del *Globo* presentan como contraria á la doctrina de los *clericales* la de que *la soberanía emana de Dios y reside en la Nación*, "cuando son frailes y clérigos los que la han sentado sobre bases firmísimas; por supuesto *explicándola convenientemente* y

con las limitaciones necesarias para que los demagogos no puedan, fundados en ella, hacer de las suyas.—A esta observación sacan también el cuerpo los señores aeronautas.—En seguida notamos que esa doctrina se halla expresa en nuestro programa de 1883, y ha sido sostenida por nosotros, con las explicaciones y limitaciones ortodoxas; y en seguida sólo decimos: "NO SABEMOS lo que los señores *medios* hayan escrito sobre este punto... Y no queremos extendernos más sobre esto," etc. ¿Dónde hemos sostenido, pues, que esa doctrina *no es la de la Unión Republicana*? En la imaginación de los señores del *Globo*, que debe de ser como inflado globo aerostático, dentro del cual mete el viento cuanto—bueno ó malo—recoge en su raudo vuelo. Y ¿no será desver... digamos *falta de vergüenza*, discutir y darse por vencedor faltando á la ley sagrada de la veracidad, cuando hay un refrán que dice: Más presto se coge al... *Globo* que al cojo?

Para asegurar que aquella doctrina *no era la de la Unión Republicana*, necesitábamos estar enterados de lo que sobre ella hubiesen expuesto los señores *medios*; y francamente dijimos antes y repetimos hoy: *No sabemos lo que hayan escrito sobre este punto*. El haber asegurado ellos que su programa era el *nuestro* de 1883, no podía darnos suficiente luz, por cuanto la flexibilidad de los términos de la proposición y esa sospechosa coquetería con que *Doña Paulita* había comenzado á hacer carantoñas á los liberales, estaban de por medio. La terca dama tuvo y tiene la culpa; pues se ha obstinado en no responder á lo que se le pregunta, aunque se le ruegue y suplique; y se atiene á lo de Quevedo:

"Santo silencio profeso,
No quiero, amigos, hablar;
Pues vemos que por callar,
A nadie se hizo proceso."

—¿Acepta U., señora, las ideas de *Régulo*?—Santo silencio profeso.

—¿Son suyas las de *Marcelino*?—Santo silencio profeso.

—¿Le acomodan las revistas y demás lindes del *Globo*?—Santo silencio profeso.

—¿Se dignará U. decirnos con precisión nuestras *exageraciones*?—Santo silencio.

—¿Qué nos dice U. de la *libertad de conciencia*?—Santo silencio.

—¿Le parece á U. que la soberanía es atributo del pueblo?—*Ba ba ba*; y venga el *Médico á palos* á traducirnos ese *ba ba ba*.

¿Cómo habíamos de sostener que nuestra doctrina sobre la soberanía popular *no era también la de la Unión Republicana*? Dejemos la falsedad del *Globo*, y sigamos con su noveno desatino, que es el relativo á nuestra *segunda inconsecuencia*.

"Hombres de Dios! nos dicen apostrofándonos los hombres del *Globo*, si la "Unión

Republicana" escribe esa doctrina en la página primera de su programa y resulta que ella es la vuestra". . . Falso, de toda falsedad: *Doña Paulita* no ha escrito esa doctrina ni en la primera, ni en la vigésima, ni en la tricentésima página de su programa, ni en ninguna pizarra, papel, pergamino ni cosa que lo valga; pero ni en una pared; porque ese programa de 1883 no es suyo, y porque, demás de esto, su lengua, como campana que llama á misa, no dijo la primera vez ni repite hasta ahora sino que "sostiene el programa de la Sociedad Republicana de 1883 y el del actual Gobierno": por manera que ella misma, con su *tan tan tan* de cada ocho días, está declarando que no ha escrito ningún programa, ni por consiguiente ninguna doctrina. El primero que sostiene, es el nuestro de 1883, y el segundo el del Gobierno; y de ahí resultará—si es que por gracia de Dios resulta—que *Doña Paulita* se ha puesto nuestra camisa, no nosotros la suya.

Restablecida así la verdad de la historia, y sin hacer cuenta del desatino anterior para no acrecer mucho el número, oigamos la pregunta que nos hace el *Globo Oficial*: "Entonces por qué os habeis mostrado enemigos de ese partido?"—Otro desatino que no cargamos á la cuenta—La pregunta debió hacerse á *Doña Paulita* en estos términos: Si vais á sostener el programa del partido católico preexistente ¿por qué enojaros con éste, y llamarle terco, exagerado, intransigente, fanático, terrorista, y pedir divorcio y separación de bienes, y establecer economía aparte? ¿tal vez porque su camisa os venía estrecha y la habeis echado nesgas de otra tela, regaladas por *Don Pincho*, y porque el pícaro intransigente no gusta de camisa con tales nesgas? Por lo que á nosotros respecta, desde que *Doña Paulita* no quiso hacer vida, nos hemos limitado á darle tal cual papirotazo cuando ha salido á clavaros las uñas delante de gente: y ¿qué habíamos de hacer? ¿querian los hombres del *Globo* que estuviéramos acariciándola y regalándola, cuando nos trataba con tanta saña, con tanta inquina, hasta por medio de sus intérpretes propios y forasteros? Así y todo, no la hemos cerrado las puertas, y hasta hemos procurado que vuelva en sí y se restituya al hogar de la familia, con tal que quite las nesgas de la camisa; pero ella parece más pegada á las nesgas que al hogar paterno, y no acepta la condición; tan sencilla y hacedera! ¿Quién ha caído, pues, en inconsecuencia, nosotros que, con el programa de 1883, nos mantenemos en nuestro puesto, ó la "Unión Republicana" que, con el mismo programa, anda en la tarea de formar un tercer partido? Desatino, noveno desatino del *Globo*. Y si, á pesar de lo dicho, los hombres del *Globo* dicen que hemos

incurrido en esa inconsecuencia, porque no procedemos de buena fe, pues que si así procediésemos—esto es, sin buena fe—continuaríamos sosteniendo nuestra antigua doctrina, que no es otra sino la que nos atribuyeron, ¿qué habremos de contestar? . . . Que, sin pensarlo, dicen un dislate; y pensándolo, . . . por más que se exasperen y se desmaye con la pataleta *Doña Paulita*, incurren en DESVERGÜENZA.

Tentaos las narices, señores del *Globo Oficial*, ¿cuánto os han crecido?

¡MISERERE MEI!

- ¿Jesús, qué es esto! ¿me mataron!
- ¿Qué te ha sucedido, pobrecito?
- ¿Qué me ha de suceder, lector piadoso! me ha caído encima. . .
- ¿El Tungurahua? ¡Ave María!
- Ojalá fuera el Tungurahua: estoy aplastado por una Solemne Protesta. ¡Favor! Misericordia!
- ¿Quién ha protestado, y por qué?
- Ha protestado la Escuela de adultos que dirige el maestro Juanchito, porque he mentido contra ella y la he calumniado.
- ¿Cómo es eso de protestar una escuela? Estás atufado; cálmate y explícate.
- ¿Ay, de veras! El porrazo me ha puesto la cabeza en un inbroglio, y no sé lo que digo; no es escuela, señor: es el Venerable Concejo Municipal de Ambato.
- ¿Y porqué lo has calumniado? ¡Atrevido!
- Voy á contestarle, señor; aguarde un poquito. Leeremos juntos unas líneas de mi artículo *Ajuste de cuentas liberales*, publicado en el N.º 24 del *Semanario Popular*.
- "Esos Ayaxillos (los liberales de Ambato) han suplantado números, han borrado guarismos, han suprimido fojas, y se han salido con la suya: esto es, á despecho de la ley, de la conciencia y del honor, han sacado alcance en favor suyo, cuando debió ser lo contrario. Más claro: en las últimas elecciones, los radicales ambateños han obtenido completo triunfo haciendo las cosas á su manera, no á la manera requerida por la honradez, por el respeto debido al derecho ajeno y por la libertad que garantizan la Constitución y las leyes."
- ¿Y qué tiene que ver el Concejo con todo eso?
- ¿Qué? pues ya es nada. Vea U. lo que dice en su Protesta: "Y de seguida el Sr. Dr. Moscoso (el honorable, por más señas,) denunció el hecho de que Don J. León Mera (yo pecador, yo infelicitísimo), en un artículo del *Semanario Popular*, N.º 24, calumniaba terriblemente al partido liberal de ambato, y al parecer del Dr. Moscoso (parecer infalible en un sapientísimo honorable), estas calumnias estaban dirigidas también contra el I. C. Municipal que habia hecho el escrutinio de las últimas elecciones; y según el Sr. Mera, se habian cometido en dicho escrutinio delitos tales como los de haber suplantado números, borrado guarismos, suprimido fojas, para salirse con la suya."

—Pero, hombre de Dios ó de Judas, si en las líneas que acabamos de ver en el *Semanario* no has hecho alusión ni remota al Concejo y al escrutinio, y parece que no te has acordado siquiera del uno ni del otro, ¿á qué esa *solemne protesta* que, al carecer de fundamento, viene á quedar en solemne disparate?

—Y añada U. que aquello de *suplantar números, borrar guarismos y suprimir hojas*, para cualquiera que tenga dos milímetros de frente está tomado en sentido metafórico. Sin duda los señores concejales, sobre todo el honorable y sapientísimo denunciador de la terrible *calumnia*, han tomado también *ad litteram* otras frases empleadas en el *Ajuste de Cuentas Liberales*, incluso aquello del *Deber y Haber del Mayor* llevado por el Oñide azuayo. ¡Habrás visto cacumen más despuntado! Pero no, no es así: el Concejo tiene razón. ¡Cómo no ha de tenerla, si en la sesión en que se ocupó en protestar hubo doce cabezas en seis personas, en tanto que nosotros no tenemos sino dos! U. la suya yo la mía, y claro se está más que la luz meridiana, que doce cabezas, aunque sean las de los Apóstoles de la cornisa de la Catedral, penetran y juzgan mejor las cosas que los que están en minoría siquiera sean de gente viva y efectiva! Mire U. que el sistema de las mayorías es admirable donde quiera y como quiera que se lo aplique. Repito que el Concejo tuvo razón, aun en el caso, que es muy verosímil, de que los liberales hayan querido hacer con él lo del mono con el gato sacar la castaña del fuego con mano ajena. El Concejo estaba pues en el *deber ineludible* de prestar su mano al mico para sacar su *solemne protesta* de entre los carbones encendidos del *Semanario Popular*.

Si, señor: el Concejo tiene razón: ¡pequé! ¡*Confiteor!* Los liberales de Ambato tienen razón: ¡pequé contra ellos! ¡*Confiteor!* He sostenido con franqueza y sin respetos humanos los principios católicos, que son los míos, los del pueblo ecuatoriano: ¡pequé! He sostenido con la misma franqueza y con el calor de mis convicciones los principios republicanos, que son los que conviene á nuestra patria: ¡pequé! He defendido los derechos del pueblo, he hecho á éste advertencias convenientes, le he aconsejado que no se deje seducir ni engañar y que haga uso justo, prudente y legal de su derecho de elegir, para que después no tenga que arrepentirse de un error ó de un delito consciente ó inconscientemente cometido: ¡pequé! He puesto de manifiesto el espíritu, las tendencias y fines del liberalismo, resguardándome con el triple escudo de la fe, la honradez y la abnegación, contra las nubes de saetas envenenadas que sus sectarios han lanzado contra mí: ¡pequé! He denunciado al público las fechorías y violencias liberales que campara en las últimas elecciones:—empleados públicos que se ocuparon en conquistar votos; muchachos de corta edad que usurparon el derecho de sufragio, propio sólo de los ciudadanos idóneos; publicaciones con las que se trataba de seducir al pueblo,—y con las que acaso se arrastró, en efecto, á muchos de sus hijos á hacer lo que no debían—publicaciones mentirosas é hipócritas, en que se mostraba el liberalismo disfrazado con máscara de

ortodoxismo y hasta de piedad; grupos de liberales apoderados de las mesas de las elecciones, con burla escandalosa del Gobierno que, para prevenir desórdenes y asegurar más las garantías que la Constitución y las leyes dan á los ciudadanos, expidió el decreto de 9 de febrero:—¡Pequé! *Mea culpa, mea maxima culpa!*

—Gran *jinojo*, si en todo eso que dices, y es verdad, has obrado bien, ¿cómo te arrepientes? ¿Conque juzgas que hay pecado en abrazar los principios católicos y defenderlos, en ser verdadero republicano y defender la libertad del sufragio, en aconsejar al pueblo y tronar contra los que han tratado de engañarlo, contra los que han *falsificado las cuentas* de la ley y del honor en las elecciones y se han burlado de un decreto del Gobierno? *Jinojo, jinojísimo, repluscuam jinojo*, yo sí, con mejor derecho que el Ilustrísimo Concejo protesto solemnemente contra tí y contra tu necio *peccavi*.

—Señor lector, cálmese y escuche: U. como yo tenemos un criterio fundado en la razón y la moral, y vamos errados: el criterio liberal es el que vale. El progreso moderno que hace estupendos prodigios todo lo ha cambiado: hoy el mundo moral está patas arriba, como debe estar, como conviene que esté. Pretender lo contrario es como querer voltear uno de esos diablillos que habrá visto U. encerrados en una botella: U. dele que le das para ponerle de pies, y él en sus trece siempre de cabeza. El diablillo obedece á una ley física, como el mundo á una ley liberal: el diablillo tiene más peso en la cabeza que en los pies, y el mundo tiene la suya cargada de principios modernos que pesan toneladas. U. es el *pluscuam* zoquete que no comprende estas cosas, estas maravillas de las novísimas ideas y de la emancipación absoluta del entendimiento y el corazón humanos. Allá en tiempo del rey que rabió, cuando el hombre tenía aun restos de la cola de sus abuelos, la verdad, la justicia, el respeto al derecho ajeno, la sumisión á la ley, el acatamiento á la autoridad y otras cosas no menos buenas, se creía que eran indispensables para el orden y armonía sociales, el progreso, la cultura y la felicidad de los pueblos; ahora no: esas cosas han llegado á ser inútiles, cuando no perniciosas, y el liberalismo las ha relegado al escaparate del olvido donde se las ha de comer la polilla, como vestidos viejos, de los cuales no puede ni debe volver á servirse la sociedad. Conque dígame U. si quien trata de *excaparatar* esas vejeces no será gran pecador; dígame si no lo soy y no debo arrepentirme; dígame si el Concejo Municipal no tuvo sobrada razón para protestar solemnemente, y si no la han tenido los liberales para darme esas *terribles cargas* que ha recordado el ilustrísimo y venerable ciego de *La Idea*. ¡Pequé! ¡pequé! ¡Desventurado de mí que tengo cerradas las puertas del cielo liberal, lo mismo que las del cielo de Mahoma! Hablé la verdad, y con ella calumnié; pedí el cumplimiento de la ley y con hacerlo insulté; defendí los fueros de un pueblo republicano y libre, y al defenderlos delinquí; me mostré abogado de la honra, de la moral, de los intereses religiosos de mis conciudadanos, y no pude hacer cosa mejor

para probar mi ambición, mi codicia, mi hipocresía, mis perversos intentos. Si yo fuese liberal y hubiese de veras calumniado, insultado, pisoteando la ley, fingido infamemente amor al cristianismo, embadurnado en cieno la buena reputación de los que no piensan como yo, y dado palo á los que no votaron conmigo y por mí en las elecciones, ¡oh! entonces habría estado á punto de que me canonizaran los liberales. Para éstos todo cuanto les pertenece y ayuda es santo; en su boca no hay error que no sea justificable ni vicio que no merezca disculpa, si son de su casa; así como no hay verdad, ni virtud ni acto ninguno de justicia que para ellos no sean vituperables, cuando los ven en los católicos y conservadores. Estos mienten, calumnian y buscan el daño del prójimo y el provecho propio hasta cuando rezan y hacen una obra de caridad: "Padre nuestro que estás en los cielos".—Mentira: no hay tal Padre nuestro ni tales cielos. "Y padeció bajo el poder de Poncio Pilato".—¡Calumnia! calumnia contra este liberal gobernador romano! Cuando damos una limosna, daño para el pobre, que se perjudica á costa nuestra; cuando visitamos á un enfermo, ¡infeliz enfermo! lo matamos con nuestra presencia; cuando enterramos un muerto, perjuicio para el muerto á causa de nuestras oraciones y agua bendita. ¡Ay! estamos perdidos; somos unos fariseos, unos chupasangres del pueblo, unos osecurantistas, unos terroristas, unos... unos... unos católicos! y está dicho todo.

Y el Dr. Vela, dice la *Solemne Protesta*, después de un largo razonamiento en que manifestó la pureza con que el I. Concejo había procedido en aquel escrutinio, concluyó diciendo que D. Juan León Mera estaba acostumbrado á escribir calumnias y mentiras contra sus enemigos políticos; y que como el señor Mera no hacía el menor caso de las terribles cargas que toda la prensa de la República le había dado siempre por sus calumniosas imputaciones, sería de parecer que se lo despreciase....

—Detente un momento y dime, pobre prójimo zurrado por todo un Concejo desaconsejado y por todo un Dr. Vela, pozo de ciegas ideas,—dime ¿cuál es la prensa que te ha dado esas terribles cargas? ¿no es la liberal? Y de ella ¿qué tenías que esperar tú, eterno enemigo del liberalismo y defensor de la Religión y la honra de la patria? Y la prensa liberal es toda la de la República? ¿No son ecuatorianos el *Diario Oficial*, *El Nacional*, el *Semanario Popular*, *La Voz del Azuay*, &c., &c., en los cuales no he visto cargas contra tí ni blandas ni terribles? Y esa prensa liberal ¿no ha mentido, no ha calumniado, no ha dicho desvergüenzas no sólo contra tí, sino contra todos los católicos que forman entre nosotros un respetable partido político-religioso? Esa prensa ¿no ha vomitado injurias contra el clero, no se ha burlado de nuestra fe, no se ha reído de las prácticas piadosas del pueblo? Y ¿qué ha dicho esa prensa para contrarrestar y desvanecer lo que los liberales llaman calumnias y mentiras de los conservadores, qué, sino emplear ella los conceptos y el lenguaje ultrajantes que atribuye á los católicos que

hablan verdad y luchan por su fe y por la justicia? Tú has buscado siempre los principios erróneos, los vicios y los crímenes para refutarlos y castigarlos con tu pluma; los liberales han buscado sólo tu persona y la de tus amigos y copartidarios para desollarlos. Tú has deseado vencer arguyendo y convenciendo, ellos odiando y matando. ¿Es esto lidiar honradamente en la arena del periodismo? ¿es esto atacar y defenderse con dignidad, como cristianos y caballeros? Y el Dr. Vela, que ha sido de los primeros en darte las terribles cargas; el Dr. Vela, que no ha dicho esta es boca mía para contestarte cuando le has preguntado acerca de sus creencias cristianas, á fin de que no engañe al pueblo encubriendo sus deformidades con el manto sagrado de Jesús; el Dr. Vela, ¡ha tenido valor para recordar en pleno Concejo las terribles cargas que te ha dado la prensa liberal!

—Señor lector, me ha echado U. una larguísima tira de interrogaciones; pero sabrá U. que no estoy para contestarlas; ¡he de poder hacerlo yo infeliz, cuando estoy postrado, cuando los liberales no me han dejado hueso por triturar! ¿cuando el desprecio del ciego de la *Idea* me ha puesto á punto de recibir la extrema unción! ¡Oh tiranía! oh atrocidad de hombre! despreciarme! ¿y por qué? Por no haber hecho yo ningún caso de las susodichas terribles cargas! ¡Ay ay ay! ¡Me muero! Pero no moriré impenitente: Santa María Magdalena, San Pedro, todos los santos que habéis llorado, prestadme vuestras lágrimas para derramarlas de rodillas á los umbrales del I. Concejo Municipal de Ambato, por el nefando crimen de no haber hecho ningún caso de las terribles cargas de la prensa liberal; San Jerónimo dame la piedra con que te allagabas el pecho; San Pedro de Alcántara da acá las disciplinas con que te despedazabas las espaldas. ¡Haberme reído á carcajadas del modelo de cultura y delicadeza del papel intitulado *Al Pueblo*; del dechado de elocuencia maravilloso de *Pueblo-conocéle*; del *non plus* de la gracia de dición y profundidad de pensamientos de *Una Voz*; tres hermanos nacidos del gigante ingenio de unos eminentísimos y singulares escritores de mi tierra, y sacados de pila por la *Imprenta de El Combate*! haberme reído hasta desternillarme, de *La Guitarra*, de *El Gabilán*, de *El Perico* y hasta de *El Diablo*, patrono del liberalismo; y de otros periodicazos, y de otras hojas sueltas estupendas! ¡Haberme reído, ay de mí pecador de los pecadores! hasta de *La Idea*, que hace el milagro permanente de arrojar luz de sus ojos sin luz, y miel hiblea de su boca siempre henchida de hiel y veneno!

¿Habrás visto iniquidad semejante? Y después de haberla cometido ¿quiere U. que yo esté tranquilo, y que coma, y que duerma, y que hable, y que escriba, y que no me muera? ¡Mea culpa, mea maxima culpa! ¡Misere-re mei!....

—Pero hombre, ¿cómo es eso? Observo que al tiempo mismo que vas enseñando con palabras tu dolor y arrepentimiento, tus ojos chispean de malicia y tus labios están rebosando de risa. Voy creyendo que tienen razón los que te achacan de hipócrita.

—Señor, ¿qué quiere U.? así soy: pecador que se pone alegre cuando ve cosas peregrinas como la *Solemne Protesta*; pecador incorregible, que reincide y reincidirá *per seculo seculorum* para tormento de los liberales que le insultan y muerden! ¡Ja ja ja!

J. León Mera.

LIBERALISMO.

Los apóstoles del mal, los enemigos de la Iglesia y la sociedad se sirven de la palabra más bella y seductora para propagar sus doctrinas inmorales y corromper los pueblos; para socavar los fundamentos de la sociedad y levantar sobre sus ruinas el imperio de la licencia; para desterrar, en fin, el reino de Dios y organizar estados ateos.

La libertad, en efecto, es uno de los más preciosos atributos del hombre y sin el cual no tendrían objeto ni razón de ser las leyes divinas y humanas. Pero no se toma hoy en este sentido la palabra *libertad*, ni se refiere tampoco al legítimo y ordenado ejercicio de los derechos y facultades humanas.

De otro modo la escuela ó secta que se denomina *liberal* no sería nueva, no enseñaría más de lo que enseña la Religión católica.

¿Qué es, pues, el *liberalismo*?—Un escritor argentino hace esta misma pregunta y responde: Es una entidad ó quisicosa que, como culebra entre aljofarada hierba, se desliza por entre las manos que va á tomarla, y reaparece bajo una forma diferente y que no se esperaba. . . . Es un mal universal que ha pasado al estado crónico. . . . Es la falsificación de la libertad, la fuente y escuela de la *Revolución*. Pretende sustituir las inclinaciones naturales del hombre á las leyes divinas y el poder del pueblo al poder de Dios. Entraña, pues, en el orden intelectual, la soberanía de la razón; en el orden moral, la soberanía de la voluntad, y en el orden político, la soberanía de la muchedumbre. En religión es el racionalismo, en política la demagogia y en economía el individualismo.

Otro escritor sensato dice, procediendo de la causa al efecto, el *liberalismo* es obra del libre pensamiento ó libertad de conciencia, y por eso la proclama como base fundamental de sus doc-

trinas. Libertad de pensar, libertad de obrar, libertad de creer, y libertad de negar: hé aquí la máxima fundamental que abraza todos los principios y doctrinas de esta escuela infernal.

El *libre pensamiento* comprende, pues, la libertad para todos y para todo, sin limitación alguna, y por consiguiente la *libertad del mal*. Así, el liberalismo es un sistema político y una secta anti-religiosa que se propone independizar la inteligencia de la verdad; la conciencia de la moral y la voluntad del deber.

Resumiendo, podemos decir con un escritor, que el liberalismo es un crimen de lesa-majestad divina, de lesa-humanidad y de lesa-conciencia. Así es que un liberal, no hipócrita ni de términos medios, sino franco y consecuente con sus principios, dice: *Socialmente*, no reconocemos un mundo sobrenatural ni nada de divino; no admitimos otro poder supremo que el que tiene el pueblo para gobernar según su voluntad. En el *Estado*, ó en la sociedad civil y política, no admitimos sino lo que corresponde á su administración, á saber, simples ciudadanos y todos *ciudadanos laicos*: por consiguiente, no reconocemos otros derechos y garantías que las garantías y derechos políticos y civiles, independientemente de esos símbolos y decálogos que nos convertirían en *clericales* y *ultramontanos*. Admitimos como dogma de la humanidad la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia, en cuya virtud, el hombre es libre para arreglar sus relaciones con Dios de la manera que le parezca conveniente. No necesitamos de ninguna otra regla ni precepto: por consiguiente la Iglesia es una institución extraña dirigida exclusivamente á mantener las preocupaciones y sepultar los pueblos en las tinieblas de la Edad Media.

La Iglesia no debe tener ingerencia ninguna en el Estado: obre dentro de los límites que le están prescritos sin mezclarse en la política, en los negocios terrenales del mundo. Partiendo de la máxima: "Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es Dios," no podemos ni debemos reconocer otro principio que el proclamado en el siglo XIX, á saber: *La Iglesia libre en el Estado libre*.

Tal es, en efecto, el dogma del liberalismo, ó la fórmula que ha adquirido en nuestros días grande celebridad.

¿Pero qué significa "la Iglesia libre en el Estado libre?"

El *Estado libre*, diremos con un católico y sabio escritor, es según lo entienden los liberales, el Estado independiente de la Iglesia, esto es, sin sujeción á sus leyes; á sus preceptos ni á su autoridad; el Estado se dice libre porque no está en la Iglesia, porque no vive con la vida de la Iglesia. El *Estado libre* es, pues, el Estado sin Dios, ó en otros términos, el *Dios-Estado*, el Estado omnipotente, y por consiguiente, el despotismo absoluto.

Y la Iglesia será libre en el *Estado libre*? Si, dice el mismo escritor, pero con la condición de que respete, se someta y obedezca á lo que el *Estado libre* llama, sus derechos, libertades y aspiraciones; será libre para predicar el dogma y la moral del Evangelio, siempre que trate del dogma y la moral, como lo entiende el *Estado libre*. Será libre para defender sus derechos siempre que no turbe la conciencia de los ciudadanos quienes, en el *Estado libre* tienen perfecta libertad de proceder y obrar según su *conciencia libre*, y por consiguiente, de negar la existencia de Dios privadamente ó en público, en los libros, en los diarios, en los clubs, en las escuelas y donde quieran.

Así la fórmula: *Iglesia libre en el Estado libre* no significa otra cosa que la *Iglesia bajo el yugo de un despotismo sin freno y sin límites*.

El liberalismo es, pues, opresor de la Iglesia, es su mayor enemigo y por consiguiente, el mayor enemigo de la verdadera libertad, del orden, de la paz, de la moral y buenas costumbres.

A pesar de esto adquiere muchos prosélitos y se propaga en el mundo como una peste asoladora. Esto proviene de que la corrupción hace siempre grandes conquistas y el mal se difunde con suma facilidad; sobre todo el liberalismo se vale de frases seductoras y emplea falaces promesas para engañar á los incautos y particularmente al pueblo. Conviene, por lo mismo, quitarle la máscara y presentarle con toda su deformidad. Es menester que el pueblo conozca al liberal, sus tendencias y aspiraciones.—Copiaremos

algunos trozos de una carta dirigida al pueblo por un católico ilustrado que ha profundizado el espíritu del liberalismo y lo conoce teórica y prácticamente:

Vivid alerta, ricos y pobres, cuantos dedicados al trabajo formáis el verdadero pueblo, de cuya sencilla honradez abusan los liberales en todos sus escritos, siempre invocándole para realizar los fines de su ambición; oíd mi voz, pues no aspiro á otra cosa que á evitar que los enemigos de Dios os seduzcan y pierdan, arrancándoles la careta para que conozcáis su perfidia; pues si no vivís alerta, se introducirán en medio de vosotros algunos de esos revolucionarios que siempre forman la turba de holgazanes y ambiciosos que aspiran á comer y gozar sin trabajar; de esos llamados liberales, que vienen haciendo la desdicha de los pueblos donde ponen su planta, dividiéndoles con la enseñanza de sus doctrinas y la formación de los partidos políticos. Tene presente que el liberalismo es el gran error de nuestros tiempos, tanto más pligroso, cuanto más se encubre bajo la hipócrita máscara de libertad.

Esos hipócritas, siempre invocando al pueblo y prometiendo lo que no tienen ánimo de cumplir, sin otro fin que su provecho individual, penetrarán en medio de vosotros, si no sois diligentes para arrojarles fuera. No olvidéis que si los dais crédito sois perdidos. Creedme á mí, que os hablo la verdad; no á ellos, que predicán la mentira, porque el verdadero fautor del Liberalismo fue Lucifer, rebelde á los mandatos de Dios. Lo que os aseguro lo conoceréis por los frutos. Es preciso desenmascarar á esos holgazanes, sanguinuelos del pueblo, que se hacen ricos con lo que á la generalidad pertenece, se elevan valiéndose de los sencillos ciudadanos, como de andamios y escalas, para encaramarse en el poder y, en tal altura constituidos, insultan á la multitud exclamando: "Pueblo bruto, ¿de qué te quejas? Tú nos has elevado, sufre las consecuencias de tu ignorancia y traga libertad." Por lo tanto, despertad, pueblos. Es llegado el tiempo de que, como las avejas, arrojéis de entre vosotros á los seguidores del Liberalismo, que son los zánganos, ya que la experiencia acredita que se alimentan de vuestro sudor y gozan con el fruto de vuestro trabajo.

Mirad que todo el afán de los viciosos ha sido siempre perseguir á la Religión, su culto y ministros, porque reprenden sus pasiones y afean sus vicios. Pero, á pesar de su perversidad, el Catolicismo vive y vivirá aunque contra él hoy se encarniza, como nunca, el Liberalismo. Sed vosotros fieles á la religión única y verdadera, que os hace felices, y no deis entrada á las novedades de la moda moderna. Seguid firmes en las prácticas santas; buscad con empeño la instrucción religiosa; leed libros buenos; desechad los malos, lo mismo que los periódicos liberales, no sólo por el daño que causan, sino porque la Iglesia tiene prohibida su lectura. Lo que perseveréis en esta sabia conducta, seréis felices.

ees. La experiencia prueba que siempre fué así y contra hechos no hay disputa.

Sabed que los liberales son hijos del protestantismo, cuyo padre, Lutero, proclamó el *libre examen*, absurdo principio que declara á la razón humana independiente de Dios, que fomenta el orgullo y alienta el desenfreno de las pasiones, que ha traído sobre la sociedad males sin cuento, y ha dado origen á innumerables errores en materia de religión.

Uno de estos es el *naturalismo*, error que niega todo lo que está por encima de la naturaleza, de lo ordinario y comprensible, y por consiguiente, rechaza la revelación divina, los milagros, la vida sobrenatural del alma por la gracia santificante, y todas las verdades de orden sobrenatural. La falsedad de esta doctrina es evidente, pues toda religión que no admita lo sobrenatural, que no tenga misterios, es una religión puramente humana, y por consecuencia, falsa.

No deis oídos á los que os hablan de otras religiones, porque no habiendo más que un Dios, no puede haber más que una religión verdadera, y ésta es la Católica contra la cual, por eso, se conjuran todas las demás, que son falsas. Así veis que sólo la Religión Católica permanece siempre la misma: todas las demás se mudan y perecen. Y como la verdad no puede transigir con el error, resulta que son unos embaucadores y farsantes los que alucinan á la multitud, diciendo que con la libertad de cultos vendrán á la Nación los bienes materiales y riquezas. Sólo algunos indignos periodistas y diputados del Parlamento pueden hablar con tal inconsecuencia, pues sobre que ellos no creen lo que dicen, ni lo creyeron jamás, el pueblo ha visto que ni judíos, ni moros, ni protestantes han venido á traer bienes de ningún género, como los liberales aseguraban. Cual cobardes impíos, no tuvieron valor para declarar que su único fin era introducir la maldita libertad de cultos en la nación española. Por medio de mentiras lo realizaron, y contra la manifiesta voluntad del pueblo, pasando por encima de cuantas consideraciones se deben á las leyes, al honor y á la justicia. Ya véis de lo que es capaz ese puñado de hombres, sin Dios ni patria, llamados liberales, que hace medio siglo vienen pisoteando al verdadero pueblo, cuyas desgracias y sufrimientos no les conmueven, porque no le aman.

(Continuará.)

CRONICA RELIGIOSA.

De muy grato recuerdo será para los católicos de Quito la Cuaresma que acaba de pasar. El empeño y entusiasmo con que todas las clases sociales han correspondido á los trabajos apostólicos del Clero secular y de las Ordenes religiosas, prueban una vez más, que la fe está aun viva entre nosotros, y que al suave influjo de la gracia divina, vuelven al camino de la virtud los que dormían el sueño del pecado.

En la imposibilidad de relatar, en los estrechos límites de una crónica, el movimiento religioso de esta Capital, en los días pasados, baste decir á nuestros lectores que, desde el

principio de la Cuaresma hasta la Pascua, ha habido ejercicios ocultos, para hombres y mujeres sucesivamente, en las casas del Tejar y de San Diego, con grande concurrencia de personas y mucho provecho espiritual de ellas. Aun actualmente hay más de trescientos ejercitantes en el Tejar de la Merced.

Además, todas las Comunidades religiosas han dado ejercicios públicos en sus respectivas iglesias, en las que ha rivalizado el celo de los sacerdotes con el empeño de los fieles en acercarse á los sacramentos de la confesión y la Eucaristía.

Las señoras, los caballeros, los jóvenes de la Universidad y de los Colegios, los militares, los artesanos, las clases todas de la sociedad han dado en estos días pruebas inequívocas de que conservan íntegras sus creencias y se preocupan de los intereses eternos. Innumerables almas, al influjo de la divina palabra y al calor de la gracia, han detestado sus culpas y empezado á saborear las dulzuras de la virtud. ¡Bendito sea Dios, que tan misericordioso se muestra con nosotros!

Esto debe infundirnos ánimo y llenarnos de consuelo. A la activa propaganda del liberalismo impío y de ciertos órganos de la prensa descreída, los católicos de Quito han opuesto la oración humilde y la detestación de sus culpas, como medios eficaces de atraer sobre la República las bendiciones del Cielo.

En este siglo de incredulidad é indiferencia religiosa, llama la atención la conducta de pueblos que, como el nuestro, hacen alarde de sus convicciones católicas. Mientras haya entre nosotros respeto al sacerdote y sumisión á las enseñanzas de la Iglesia, podemos decir que Dios está de nuestro lado, y que serán inútiles los esfuerzos de cuantos se empeñen en arrancarnos la fe, que es el más precioso don que el Cielo nos ha concedido.

A un voto de gratitud, y muy cumplido, son acreedores el Clero secular y los RR. PP. Franciscanos, Jesuitas, Dominicos, Agustinos, y Mercenarios que, con tanta abnegación, caridad y celo han secundado los esfuerzos de nuestro Ilmo. Prelado, por el bien espiritual de los fieles.

Sea esta la ocasión de manifestar nuestra gratitud á los RR. PP. Agustinos españoles, que hace poco llegaron á esta Capital. Las importantes reformas iniciadas por el R. P. Visitador, auguran un porvenir venturoso á la Orden Agustiniense en el Ecuador. Deseáramos que crezca el número de dichos religiosos españoles que, en los cortos meses de permanencia entre nosotros, han dado repetidas pruebas de ilustración constancia y virtud en el desempeño de su ministerio.

Que Dios colme de bendiciones á los que trabajan en su viña y que perseveren en la obra principiada, los que han comenzado á gustar la suavidad del servicio de Dios.

AVISO.

Se van á inscribir las escrituras siguientes: la de venta de un terreno situado en la Magdalena, hecha por Miguel Nasca Pillaño y María Uyachimbo á Nicamor Romero.—La de venta de otro terreno situado en Habaspamba, hecha por Belisario Herrera á Daniel Erazo.

“Imprenta de Bolívar,” por F. Ribadeneira.